

LIBRERIA DE ASTUI
Plaza Nueva
Nº 25
BILBAO.

Guillermo Blazquez

15000pts

2. 90
SEMENARIO



PINTORESCO

ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.

ENCICLOPEDIA POPULAR.

DIRECTOR Y REDACTOR

D. Angel Fernandez de los Rios.

1854.

MADRID:

OFICINAS Y ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DEL SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL Y DE LA ILUSTRACIÓN,
Á CARGO DE D. G. ALHAMBRA, JACOMETREZO, 26.

MDCCCLIV.

INDICE.

TABLA DE ARTICULOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

El cuñiel de Medios de Riaseco, por don V. Garcia Escobar, página 33.—El monte de Torozos, por don V. Garcia Escobar, 37.—Ferrol, convento de San Francisco, por don Benito José Vico, 74.—El castillo de Tiro, por don V. Garcia Escobar, 89.—El castillo de Montañazor, 97.—Real ex-monasterio de Santa María de Bugedo, por don Remigio Salomon, 139.—Antiguísimo monasterio de San Martín, por don Remigio Salomon, 145.—Santa Gades de Bureba, antes término, por don Remigio Salomon, 164.—El castillo de Ampudia, por don V. Garcia Escobar, 183.—Las casas Consistoriales de Miranda de Ebro, por don Remigio Salomon, 193.—Baños árabes, 195.—El canal de Campos, por don V. Garcia Escobar, 202.—Crónicas históricas de Salamanca, 245, 252, 258.—Puente colgante de Santa Isabel, 271.—La Colegiata de Ampudia, por don V. Garcia Escobar, 281.—El castillo de Castro, 321.—Galicia monumental, por don Antonio Neira de Mosquera, 337.—Nuestra Señora de Montijo, 347.—Al señor don José Picon, en refutación de sus crónicas históricas de los principales monumentos y edificios de Salamanca, por Fermín Fernández Iglesias, 583.—Estatuaria romana de Arcemiraperez, 414.

ANTIQUEDAD E.

Jeroglífico romano de Llerena, noticia inédita del señor Juan Alonso Fran, anticuario del siglo XVI, pág. 165.—Llave árabe de Valencia, 414.

BIOGRAFIAE.

Alonso de Céspedes, página 47.—Don Jorge Juan, 50.—Alfonso el Católico, por don Nicolás Castor de Caunedo, 41.—Don Pedro Virgili, por don L. M. Ramirez y de las Casas Deza, 38, 61.—Vida del Brocense, 76.—El Barón de Riperdá, por don Joaquín Maldonado y Macanaz, 85, 91, 99, 100, 106.—Juan Sebastian Bach, 121.—La Ricahembra, por don Luis Fernandez Guerra y Orbe, 429.—Anton de Montero, por don L. M. Ramirez y de las Casas Deza, 187.—Doctor don Pedro Saiz de Baranda, por don Luis Vidart, 488.—Retrato de Carlo-magno, 490.—Noticias históricas del Sr. Juan Alonso Franco, anticuario del siglo XVI, 194.—Vida de Cayo Solio, obispo de Auberis, 341.—Villamediana, 297.—Don Manuel José Quiatana, por A. D., 303.—Juan Ramold de Patral, 267.—Fr. Luis de Leon, 407 y 409.

ESTUDIOS HISTORICOS.

Las casas y calles de Madrid, recuerdos históricos por don R. Mesoneros Romanos, página 2, 9.—Recuerdo histórico sobre el parlamento de Barcelona, por don Florencio Yanez, 23.—Estado de España en los primeros tiempos del reinado de Felipe II, por Florencio Yanez, 55.—Memorial de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, 43.—Documentos inéditos relativos á Quevedo, por don Severo Catalina, 30.—Episodios históricos de España, 70.—Tratado de 1604, entre Enrique IV y el Sultán Amat, 75.—Episodios históricos de España, 78.—Episodios históricos de España, costumbres caballerescas, 81.—Las causas por qué el rey Católico tomó el nombre de rey de Navarra, 138.—Una Cronica del siglo IX, por Caunedo, 169.—Carta original, escrita por S. M. Felipe IV á Sor María de Jesus Agrada, y la respuesta de esta, 178.—La primera merced histórica de España, 178.—Orden que Felipe IV envió al duque del Infantado, su marqués mayor, 189.—Cédula de Carlos V, 304.—Origen del condado de Barcelona,

355.—Premítica y nueva orden de los molinos y trigas, así de hombres como de mujeres, 242.—Premítica en que se prohíben á rezas de casas de brocados y telas de oro y plata, 243.—Los Bardos, por D. G. F. Coll, 371.—Noticias curiosas, por don Remigio Salomon, 598.

VIAJES.

La paz del campo, pág. 2.—Silla de San Eduardo, 25.—La aristocracia en Venecia, 31 y 38.—Una aristocracia de amor y otra de gloria, por V. B., 114.—La Caza de fieras, 115.—Mi viaje á las repúblicas del Ecuador, por don Pedro de Prado, 116, 127, 133, 139, 151 y 162.—El Invierno en Rusia, 157.—La caza para los niños, 147.—El puente del Danubio, 190.—Viaje á Manila por el istmo de Suez, 194.—La fonda de San Nicolás en Nueva York, 198.—Usos y costumbres de los mandarines chinos, 214.—Rusia, su geografia politica, 257.—Viajes alrededor del mundo, 1837 y 1841, 228.—Acueducto de las aguas libres, 267.—La gran muralla de la China, por Pedro de Prado y Torres, 329.—Delicias del campo, 352.—Mansion de los embaajadores en China, 352, 351 y 359.—La cisterna de cristal, 404.

ESTUDIOS LITERARIOS.

Teatros, la empresa nueva, reformas teatrales, discurso dramático politico, por Figueroa, página 11.—Señor don Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, por don Justo de Sancha, 226.—Carta de Góngora, por Luis Maria Ramirez y de las Casas Deza, 335.—Estudios literarios, teatro antiguo, por Antonio de Aquino, 339, 345, 355, 361, 369, 377, 401.—La historia y la novela, por Pedro de Prado y Torres, 364.—Cartas de Góngora, 404.

ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

Division territorial, por don Fermín Caballero, pág. 37.

NOVELAS Y CUENTOS.

Ochenta y tres escalones, por don Diego Lugo, págs. 4 y 13.—Las tijas de mio Cid, por don Antonio de Trueba, 45, 18 y 29.—El Guardia del Rey, por don Alfonso Garcia Tejero, 46, 62 y 67.—Por ti, por Ferriz Villena, 152.—Wig o Tacy Ciudadano, 125.—Almir, 130.—El pobre Lázaro, 143.—Martín de Aranda, por don Pablo Gambara, 148, 167, 164 y 173.—El Mirador de Stijau, 183.—Mi tia Maria, por Eugenia Geobvond, 175.—Núms. por don Agustín Bonnat, 178 y 191.—Barse al diablo, 195.—Amorain té, por Luis Vidart, 224, 237.—Un vegetal del mundo, por Pablo Gambara, 224.—La leyenda de Wittington y su gsto, 256.—La corona de siempreviva, por B. M. P. Durán, 250 y 259.—María, por don Pablo Gambara, 268 y 276.—El Grájo adornado con plumas de pavo, 275.—Un Moutoreney, 282 y 292.—La pena del Talion, por A. A. Oriuela, 298.—Lázaro, por José Campos, 299.—Una Vision, por M. del M. de S., 300.—Un matrimonio por fuerza, id.—Castel, 305.—Dos Poetas, 306.—Esperanza, por don Pablo Gambara, 307, 314, 324, 334, 343 y 350.—Los agnaldos de Luciano, 314 y 318.—El Loto, leyenda del Siglo XIV, 315.—El vaso de madera, 326.—La elección de un amigo, 330.—Las Colomas y los Ursinos, 341.—Ab y Achmed, 348 y 349.—Piedra movediza no cna roba, 357.—Una tempestad en los montes de Neudon, 363 y 366.—Si yo fuera rico, 362 y 379.—El caballero Banda Azul, 374, 382 y 390.—La hermana Beatriz, leyenda, 387 y 394.—Enrique II en el molino de Mansfield, por J. C. N., 393.—Antonio Galland, 396.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

El día del año, por don Juan Martínez Villergas, pág. 5.—La elección de marido, por el baron de Illescas, 52.—Las fiestas de San Jorge en Alcoy, por M. Pérez, 50.—El abogado de Pobres, 59.—A castro bajo cero, por D. F. de Paula Seijas, 63.—Gran baile de máscaras en casa de D. Telesforo de..., por el baron de Illescas, 90.—Capas, sombreros, gorros y monteras, 110.—Funerales, 119.—El Pollo montés, por Serafin Olave, 139.—Un nuevo género de distraccion, 205.—Los principios de 1789 y las modas francesas, 204.—Los Plumíferos universales, por Serafin Olave, 211.—Monografía de las corbata, 212.—Un extranjero en Vergara, 268.—Boquetes parisienses, por don Andrés Avellina de Orduña, 290.—El almuerzo de Madrid, 297.—Historia de las modas, por don José Gonzalez de Tejada, 312.—El día de estero y desestero, por el baron de Illescas, 319.—El dinero, 400.

POEMAS.

«Passage de la Fantasmagoria» poesía, por Bartolomé José Gallardo, pág. 7.—Al señor doctor don Francisco Estéban de Yaguzza, por don José Zorrilla, id.—A la Excm. señora doña Maria Encarnacion de Cueto, duquesa de Rivas, Ictrilla, por M. Breton de los Herreros, 19.—Al Aniversario de la muerte de Napoleón, soneto, por don Gabriel de la Concepcion Valdés, id.—Lectura popular, por don José Gonzalez de Tejada, 22.—El conde de Saldaña, romance, por don Juan Nicasio Gallego, 25.—Cartas escritas á don José Cadalso, en 17 de enero de 1774, por don José Tomás Liarte, 59.—Historia Natural, por don José Gonzalez de Tejada, 48.—El convite en el campo, por M. C., 64.—La Esperanza, soneto, por don Fernando Garrido, 64.—Virtudes Sociales, por José Gonzalez de Tejada, 71, 78, 92 y 119.—Ritja, balada, por Vicente Barrantes, 79.—Del Amor, por don Juan Valera, 104.—A Laura, por don Antonio Cánovas del Castillo, id.—El Aroma de las flores, por don Luis de Equilaz, 112.—La muerte del sabio, por don Adolfo de Castro, 112.—Le tarde en el mar, por don Antonio Arnó, 128.—La última hoja, por don Florentino Sanz, id.—Bienaventurados los que creen, por don Antonio de Trueba, 156.—Acto de Contrición, de Lope de Vega Carpio, 151.—Romance, por don José Gonzalez de Tejada, 152.—El Rey de los átomos, de Goethe, 160.—El 17 de Mayo, por don José Gonzalez de Trueba, id.—Las siete canciones del mes de Mayo, por don Vicente Barrantes, 166.—Ictrilla, por D. J. M. Villergas, 183.—Comienza el cantar de la mañana de San Juan, por D. A. Durán, 189.—Venus en el Prado, por don José Gonzalez de Tejada, 208.—Vignola corregido, romance, á un arquitecto, por don José Gonzalez de Tejada, 218.—El señor José Gonzalez, id.—Melodias hebreas (Lord Byron), 218.—Amor sin té, 219.—A Glabra de dominó negro, por don Juan Valera, 249.—El Sepulcro, por R. M. B., 256.—Literatura española, poesía del siglo XV, 265.—Al Excmo. Sr. D. Evaristo San Miguel, por don Pablo Gambara, 272.—El Sotero del Betla, por L. E. P., 280.—La niña abandonada, por L. E. P., 287.—A Cuba, por Garcia de Querado, 288.—La Felicidad, por don Pablo Gambara, 289.—El bello prado Flora y las flores. Tu ramillete, por don José Maria Torres Cuencado, 294.—La Corona de oro, por don Eugenio de Tapia, 304.—A J. Berbería Garcia de Queredó, por don Gambarino Laverde Ruiz, 350.—En el altar de Matilde Diaz, por D. V. Barrantes, 338.—Alborz del óbito, por don José Gonzalez de Tejada, 358.—A mi amiga Magdalena, poesía, por don José Maria Ruiz de Somariva, 345.—La esperanza del poeta, por don Gambarino

Laverde Ruiz, 350.—Romance, por don José González de Tájada, 508.—A las Serenísima Señora Infanta doña María Luisa de Borbon, fundadora de la sociedad de asistencia domiciliaria, por don Pablo Gumbert, 376.—A una desdenosa, por M. C., id.—Castilla, por M. C., 384.—En un álbum, cosas de la época, por el barón de Illescas, 503.—A una Pilar de hermosos ojos, por el Solitario, 400.—La escena de matrimonio, poesía, por don Juan Eugenio Harzenbusch, 468.—Epigramas, por V. M. Muller, 400.—Logogrifo,

por D. Manuel Breton de los Herreros, 416.

VARIEDADES.

Federico II después de la batalla de Colín, pág. 4.—La Plegaria, 8.—La familia indigente, 9.—Napoleón, 12.—Sophonisbe, 25.—La Confesion, 30.—Historia de la litografía, 55.—Cabellera, 71.—Gravedad, id.—Explicación de la ascension de los aeronautas, 75.—Una Aristocracia de amor y otra de

gloria, 111.—La vaca de una hortelana, 175.—Un incendio célebre, 190.—Preguntas, 192.—Cuadro sinóptico, 206.—Anarquía en materia de gustos, por Miguel Agustín Príncipe, 210.—De la caza, 247.—Historia de los Ameteros, 225.—Caza de los insectos y mariposas, 252 y 253.—Establecimiento de una pajarera, 271.—Un concierto construido en 1615, 382.—La mujer, por Fermín González Meron, 389.—Enrique II en el molino de Mansfield, 395.—Congreso doméstico, por el Barón de Illescas, 418.

TABLA DE GRABADOS.

ESPAÑA PINTORESCA Y MONUMENTAL.

Puerta de Malacuera (Torrelaguna), página 15.—Iglesia de Uceda, 28.—Interior de la antigua iglesia de Uceda, 29.—Iglesia de San Juan Bautista de Buitrago, 36.—Sepulcro de la iglesia de San Juan Bautista de Buitrago, 37.—Ermita de los Milagros (Salamanca), 45.—Ferrol. Iglesia parroquial de San Julian, 49.—Ferrol. Convento de San Francisco, 63.—San Tropez 69.—El alcázar de Villagarcía, 75.—Iglesia de Torrelaguna, 81.—El castillo de Toro, 89.—Santa María de Buitrago, 92.—Vista de Torrelaguna, 117.—El castillo de Montemayor, 132.—Ex-monasterio de Santa María de Buggedo de Candepajares, 141.—El cuartel de Medina de Rioseco, 155.—Santa Gadea de Bureba, 163.—Sala de justicia en la Alhambra, 169.—Pintura del techo de la sala de justicia en la Alhambra, 172, 173.—Cláustro del ex-monasterio de Santa María de Buggedo de Candepajares, 181.—El Castillo de Ampudia, 183.—Lápida de mármol colocada en el panteón del doctor Baranda, 188.—Vista general de Portilla, de la antigua Portella ó Villavieja, 189.—Las casas consistoriales de Miranda de Ebro, 195.—Baños árabes en la Alhambra, 196, 197.—Acueducto sobre el Seguiño, 204.—Muelle del canal de Campos, 205.—Patio de los aryanes en la Alhambra, 212.—Sala de los abencerrajes en la Alhambra, 215.—El cuartel de San Ovidio en Oporto, 217.—Interior de la catedral de Córdoba, 220.—Exterior del Generalife, 225.—Exterior de la Alhambra por la parte del Darro, 229.—Puerta de los carros en la Alhambra, 235.—Calahorra, 249.—Castillo de Villaverde en Luna, 263.—Puente colgante de Santa Isabel sobre el Gállego, 269.

—Iglesia de San Juan Bautista de Talamanca, 275.—Puerta del Perdón en la Alhambra, 277.—La colegiata de Ampudia, 281.—Monte Calpe, 285.—Portada de la colegiata de Ampudia, 289.—Antigua puerta del cementerio de Santo Domingo en Santiago, 357.—Fachada principal del antiguo colegio de San Gerónimo, 345.—Embarcadero del canal imperial de Aragón, 335.—Convento de Jerusalem en Zaragoza, 361.—La roca de Castellfolit en Cataluña, 377.

ANTIGÜEDADES.

Silla de San Eduardo, pág. 31.—Escultura antigua, 135.—Jeroglífico romano de Llerena, 165.—Armas árabes, 236.—Armadura de Boabdil, 237.—Detalles de Capiteles, 244.—Detalles, 245.

VISTAS

Florenia, página 25.—San Petersburgo, 55.—Milan, 57.—Teatro de la ópera de Paris, 77.—Luca, 84.—Fontainebleau, 85.—La barrera del trono, 95.—Hotel de los inválidos, 97.—Monumento de los bávaros que perecieron en Grecia, 105.—La torre del Temple en Paris, 109.—Vista de la isla de Elba, 129.—Hotel de Ville de Bruselas, 145.—Túmulo de Duarte Meneses, 208.—Interior del convento de Gerónimo, de Belén, en Lisboa, 221.—El bosque de Boulogne, en Paris, 241.—Convento de San Pedro en Portugal, 255.—Acueducto de las aguas líbres, 257.—Smirna, 261.—Vista de Nápoles, 297.—Vista de Charentón, 301.—Vista de Chalons sobre el Saoná, 305.—Vista de Roma, 315.—Vista de Liorna, 321.

ESCENAS DE NOVELAS Y CUENTOS.

¿Wigh ó Tory? Ciudadano, pág. 124, 125.—El minero de Sitjan, 130, 137.—El grajo adornado con plumas de pavo, 275.—Un Montañerency, 284, 295.—Los aguinaldos de Luciano, 309.—El vaso de madera, 327, 328.—La eleccion de un amigo, 351, 352.—Si yo fuera rico, 372, 375.—La hermana Beatriz, 388.—Enrique II en el molino de Mansfield, 396.—Antonio Galland, 397.

TIPOS Y ESCENAS POPULARES.

Hilandería rusa, pág. 137.—La taberna de aldea, 177.—La Abandonada, 201.—Contrabandista del Pirineo, 380.

GRABADOS VARIOS.

La paz del campo, página 1.—La Plegaria, 8.—La familia indigente, 9.—Napoleón, 15.—La alegría de noche buena en el paraíso, 17.—Sophonisbe, 24.—Historia de la litografía, 55.—Una pobre mujer abandonada, 113.—Trofeos, 144.—La caza para los niños, 148.—Problema fisiológico, 152.—San Francisco Javier, apóstol de las Indias, 161.—Pajarera, 272.—Carruaje ruso, 385.—El último abencerraje, 329.—Labandera italiana, 569.—El lagar, 581.—El primer amigo, 395.—La pradera, 401.—La cisterna de cristal, 404.

GEROGLÍFICOS.

Páginas 45, 64, 80, 120, 184, 216, 320, 356, 352, 376.

SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL.

LECTURA DE LAS FAMILIAS.—ENCICLOPEDIA POPULAR.



(La paz del campo.)

LA PAZ DEL CAMPO.

Mas de una vez hemos presentado en el SEMANARIO escenas sencillas de la vida de los campos y de las aldeas, cuadros poéticos que retratan el sosiego y la calma dichosa de que se hallan rodeadas aquellas comarcas donde no llega el hálito envenenado de las ciudades y de las grandes poblaciones. El grabado que damos al frente de este número, destinado á formar en cabeza del tomo de 1854, pertenece á la colección indicada: es uno de esas imágenes que nos hacen envidiar la existencia de aquellos que no respiran la atmósfera de las capitales que seca el corazón y adarga el pensamiento. El grabado á que nos referimos no necesita explicación; no la tiene tampoco que iguale siquiera á la impresión que produce contemplarle. Bajo un cielo puro, en un sereno día del estío, recostada sobre una alfombra de verde yerba, y resguardada de los rayos del sol por dos corpulentos árboles, descansa una familia de campesinos de las faenas de la mañana; qué expresión de dulce bienestar en todas las fisonomías! qué naturalidad en todas las figuras! Los niños que aparecen en primer término rodeados á la cisterna en que se cace el almuerzo; la madre que cuida del mas tierno de ellos mientras juguetea con el last moslin que acaricia á la criatura; la vieja que desempeña las veces de cocinera; el mocebo que apaga la sed; el anciano que parte el pan; las jóvenes que llegan conduciendo las frutas destinadas á servir de postre al desayuno, forman un grupo lleno de interés y de encanto, hasta el punto de que no se acierta á apartar la vista de él.

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

RECAPITULACION.

Hemos recorrido, aunque ligeramente, y según lo ha permitido la índole y forma de estos artículos, las diversas fases materiales de nuestra villa de Madrid desde los tiempos mas remotos hasta nuestros días; la hemos contemplado en su humilde origen, y creciendo después en importancia, hasta el punto de merecer el insignificante honor de ser escogida para corte real y capital de la monarquía española; deteniéndolo mas particularmente nuestra consideración en aquellos siglos XVI y XVII, en que bajo este concepto representó tan importante papel en Europa, como centro del poder y grandezza de los monarcas de la dinastía austriaca.—Hemos visto tambien, que á pesar de que estos quisieron ensalzarla con el pomposo título de *capital de dos mundos*, no acertaron sin embargo á darle apenas ninguna de las condiciones necesarias á un pueblo tan principal; y que los tesoros del nuevo mundo, y el inmenso poderío de los Carlos y Felipes y sus arrogantes validos los Leranos y Calderones, Olivares y Oropesas, Nardós y Valenzuelas, apenas dejaron mas señales de su paso por Madrid, que la inmensa multitud de iglesias y monasterios, todas medianas y nada más, con que cubrieron la tercera parte de su suelo; y aun en este punto ni una idea grande y correspondiente á su ostentosa piedad; ni una catedral digna de la corte y que pudiera competir, si no exceder, á las de otras ciudades del reino; y en punto á otros edificios públicos y obras de necesidad y de decoro para una gran población, únicamente la de la Plaza Mayor, la de la Puente Segoviana y la del sitio del Buen Retiro, que sin embargo estan muy lejos de competir en grandiosidad con las del Alcázar de Toledo, el templo y monasterio del Escorial y la Lonja de Sevilla, y otras muchas obras de aquella época y reinados.—Vimos en fin, que solo al empezar con el siglo XVIII la nueva dinastía de Borbon, acortó á comprenderse la importancia y la necesidad de dotar á la corte de grandiosos edificios, de establecimientos públicos, de decoroso ornato y de cómoda administración. El nieto de Luis XIV, aquel jóven animoso, nacido y criado en la esplendente corte de Versailles, pudo y debió echar de menos su magnificencia y halagos, cuando atravesando yermas campiñas, miserables aldeas y escabrosos caminos, llegara á verse encerrado en el vetusto y desmantelado alcázar de Madrid, ó recorriese sus calles tortuosas, costosas y sin empédir, su mezquino caserío, sus débiles cercas y puertas, sus pasos, fuentes, y ausencia total de ornato y policía, de alumbrado y de comodidad; y no podría menos de reír al leer los hiperbólicos encomios de los Pánelos y Davillas, Quintanas y Nuñez de Castro, y otros historiadores madrileños sobre las grandezas de esta villa, que entusiasmaban á los unos, exaltaban á los otros, y hacian prorumpir el último en su donoso libro titulado *Solo Madrid es corte*.

El hecho es, que considerada bajo el aspecto material, solo llegó á serlo desde el advenimiento de la augusta casa de Borbon. Felipe V,

que pagó la decidida afición de este pueblo hácela en persona, por lo menos con otra igual, dió el grandioso impulso de su regeneración ulteriores. A su voz enérgica y poderosa se elevaron el Real Palacio, el puente de Toledo, el cuartel de Guardias, el Seminario, el Hospicio, el grandioso templo de Santo Tomás, las fuentes públicas, los teatros de la villa y otros cien edificios de utilidad y grandezza; y si bien no fué del todo secundado en sus ideas regeneradoras, por el mal gusto que reinaba á la sazón, también supo acometer la grandiosa empresa de reformarlo de raíz con la formación de academias y cuerpos científicos, digno plátel de los hombres distinguidos que habian de brillar después.—Alguna cosa, aunque poco, añadió tambien al esplendor de la villa capital el piadoso monarca Ferrnando VI, y aun dejando hoy á la crítica histórica el apreciar el uso que hizo de sus tesoros, y si los ochenta millones que gastó en el monasterio de las Salesas Reales, pudieron emplearse con mas utilidad en dotar á Madrid de aguas, de caminos y de paseos, de establecimientos y edificios útiles, todavía tiene qué agradecer esta villa á aquel monarca la magnífica vía del puerto vecino, Guadarrama, la creación de la Academia de Nobles Artes y la puerta de Recoletos.

Há aqui todo lo que en punto á edificios públicos habia ganado Madrid en el transcurso de un siglo; há aqui todo lo que habia alcanzado la capital del reino de la munificencia de sus monarcas y de la autoridad y valimiento de los Granaídos y Diperdás, Patiños, Ursinos, Alberonis, Eusebios y Varinells.—Por fortuna valió mas para el arte que reserváran á otra época posterior y mas ilustrada, y á otro monarca magnánimo, la importante obra de la verdadera restauración, ó mas bien formación de la villa capital; porque guiados ellos por ideas apocadas, y pervertidos por el mal gusto artístico, no hubieran podido ni sabido convertir, por ejemplo, el escabroso y miserable Prado de San Hierónimo en uno de los mas bellos paseos de Europa; no hubieran imaginado sus bellas fuentes, sus magníficas calles y avenidas, el arco triunfal de la calle de Alcalá, el magnífico Museo, el Jardin Botánico, el observatorio Astronómico, la Real Plazuela y el Hospital general; no hubieran realizado la construcción de templos como San Francisco el Grande, San Cayetano, San Marcos, San Justo, Mostenses y Caballero de Gracia, ni restaurado convenientemente los de San Isidro el Real, Encarnación, Descalzas y otros; ni abierto el canal de Manzanares, ni hecho la magnífica bajada, paseo y puerta de San Vicente y de la Florida, la casa de los ministerios, el cuartel de San Gil y las Reales Caballerizas, etc.; ni los edificios de la Aduana, Correos, Buena-Visita, Fábrica de Tabacos, Estadero, Graneros y otros muchos. Para esto era menester que á la elevación de ideas del gran Carlos III hubieran podido contar con la ilustrada energía de los *Aranda* y *Campomanes*, con los conocimientos y buen gusto de los *Sabatini*, *Rodríguez* y *Villanueva*.

El caserío siguió en aquella época el deplorable rumbo que desde un principio habia tomado, y gracias por un lado á las poderosas causas anteriormente indicadas, y al sordido egoísmo de los dueños; y merced tambien á la ignorancia ó mal gusto de los arquitectos, las calles de Madrid continuaron presentando el agrupamiento mas lastimoso de mezquinas habitaciones, ridiculas fachadas, cuevas, estrechez y discordancia. Nada de desmontes ó rellenos oportunos para disimular los desniveles; nada de alineación ni de proporciones de alturas; nada de ensanche de la vía pública ni de disminución ó remedio de sus tortuosidades; ni de conveniente formación de anchas plazas y avenidas de elegante perspectiva; nada, en fin, de ornato exterior ni de comodidad para el público.

Si de la revista topográfica de la villa de Madrid á mediados del siglo anterior, pasamos ahora á la de su administración y policía en aquella época, aun habremos de reconocer que, sean cualesquiera los errores de la actual generacion, sabe mejor que las anteriores procurar aquellas comodidades y halagos que embellecen algun tanto la existencia del hombre en sociedad, y á que tiene derecho, ó cambio de las penurias á que la civilización por otra parte le sujeta.

Todavía hemos alcanzado á ver en algunas de nuestras ciudades y villas, especialmente de Castilla la Vieja, Estremadura y Galicia, el espectáculo que podría ofrecer un pueblo de los tiempos primitivos, ó por lo menos de la edad media, abandonado absolutamente al instinto individual de sus moradores, desnuado de todas las condiciones materiales de comodidad y halago, y desprovisto en fin de todo cuidado y auxilio de parte de la pública administración: á no ser así, no podríamos formar una idea siquiera aproximada del aspecto miserable de la villa imperial y coronada de Madrid, no solo al tiempo del establecimiento en villa á mediados del siglo XVI, sino dos centurias después, en el período de 1750 á que hoy alcanza nuestra revista retrospectiva.

Hemos observado en las líneas anteriores la incorrecta disposición de sus calles, la discordante y mezquina disposición de su caserío, interrumpido únicamente de vez en cuando por tal cual mediana tom-

pla, por tal cual estese monasterio, que con las cercas de sus huertas contiguas y el privilegio de impedir levantar á las casas fronterizas pisos dominantes, acababan de hacer solitario, triste y peligroso el tránsito; la escasez ó absoluta carencia de plazas y paseos interiores, de fuentes y monumentos públicos, de toda idea en fin grandiosa y de utilidad general.—Vamos ahora á ver si todas estas cuestiones estaban en algun modo neutralizadas por el celo de la administración, por el esmero del vecindario, por el orden, comodidad y aseo de una buena policía urbana.—Abramos para ello todos los libros de la época (1), y mas especialmente un precioso Manuscrito que poseemos y lleva por título *Discurso sobre la importancia y las ventajas que puede producir la erección del gobierno político y militar de Madrid nuevamente creado*, el cual tiene la fecha de 26 de noviembre de 1746, forma un tomo en 4.º de regulares dimensiones, y parece estar dispuesto para la imprenta, aunque nos es desconocido el autor; y muy pronto hallaremos la verdad en toda su lamentable desmezcla.

Aquellas calles estrechas, tortuosas y costaneras, apenas podian decirse empedradas, si hemos de atender á los términos en que hablan de ello las ordenanzas ó instrucciones de 1743 al 47; y hasta el reinado de Carlos III que adoptó y llevó á cabo en 1764 el proyecto del ingeniero Sabatini para el empedrado y limpieza de Madrid, que mal ó bien llegó á establecerse en los términos, bien mezquinos por cierto, en que aun lo hemos conocido á principios del siglo actual.—La numeración de las casas tampoco se verificó hasta 1781, y aun entonces lo fué por el mal sistema de dar vuelta á la manzana, que ha durado hasta nuestros días, y ocasionaba tan considerable embrollo por la coincidencia muy frecuente de los mismos números en una calle.—No existian apenas sumideros ni alcantarillas subterráneas para la necesaria limpieza; las inmundicias que arrojaban de las casas por las ventanas, y las basuras amontonadas en las calles, convertian á estas en un perpetuo y sucio alhajal.—No habia más alumbrado que el de algunas lucas que se encendian á las imágenes que solia haber en algunas esquinas, ó tal cual farolillo que se colgaba de los cuartos principales de las pocas casas que los tenían y cumplian con los bandos que lo mandaban.—Las fuentes públicas, pocas y escasas; los mercados reducidos á los miserables tinglados y cajones de la Plaza Mayor y algunas plazuelas, y á tiendas ambulantes en las esquinas, apellidadas *bodegonas de quabrid*, desprovistos todos hasta de lo mas preciso, y sujeto el vecindario á los *abastos y lasas*, y á acudir á los sitios privilegiados donde se despachaba el pan, la carne y los demás alimentos en limitadas proporciones y á los precios del abasto.—Por consecuencia de todo aquel desorden y abandono, las calles inundadas de mendigos de día, de rateros por la noche, sin verse el transeunte protegido por la vigilancia de serenos (que aun no existian) ni ninguna otra precaucion de parte de la autoridad.—Todo aquel que por necesidad ó por recreo habia de echarse á las calles después de cerrada la noche, tenia que hacerlo bien armado, y dispuesto además con el auxilio de alguna linterna, y las señoras que iban en silla de manos á las tertulias, debian hacerlo precedidas de lucayos con hachas de viento, para apagar las cuales solia haber en las puertas y escaleras de los grandes señores cañones ó tubos de fábrica en forma de apagador, de que aun puede verse una muestra en la casa del señor marqués de Santiago, Carrera de San Gerónimo.

(Concluirá.)

R. DE MESONERO ROMANOS.

EL DIA DEL AÑO.

Es una época esta del año nuevo extraordinariamente alegre en todos los países, como si por enterar un año en el panteon de la historia, pensasen las humanas criaturas ser mas jóvenes, en vez de sentir que son mas viejas. Yo creo que nadie piensa en lo uno ni en lo otro; porque tanto tiene que haber el que piensa en divertirse, y sobre todo cuando el pensamiento de la diversion es lo que pudiéramos llamar vicio, puesto que vicio llamamos al que tiene torcidas miras ó torcidas miradas. Y no se me negará que la alegría general, en esta parte del año, hija mimada del interés, tiene malas miras en todas partes, porque esto equivaldría á sostener que en el orden moral es posible aquello que, en el orden fisico, llamamos pedir peras al olmo. Vamos á probarlo.

Sabido es que en la China, que está como quien dice ahí, á la puerta de la calle, la celebracion de la fiesta dura cerca de un mes, en

cuyo tiempo quedan los ciudadanos facultados para arreglar sus negocios como mejor les parezca: verdadera época de anarquía administrativa, que viene de perilla á los que, confiados en la fuerza de su astucia ó en la lógica de sus puños, quieren allí, como en todas partes, la práctica del socialismo bien entendido; esto es, para que los moderados reformistas vean que estoy iniciado en los misterios de su religion,

Tumar sin restituir,
dormirse sin cavilar,
prometer y no cumplir,
ó vivir sin trabajar.

En algunos pueblos de la India la época de año nuevo es todavía mas favorable á la secta cuyas doctrinas acabo de resumir en cuatro versos. Parece que dos meses antes de concluir el año andan los acreedores acechando á los deudores y ostigándolos hasta el punto de no dejarles de noche ni de día un momento de reposo, por la sencilla razon de que, en llegando el día de año nuevo, el acreedor que no haya sido bastante hábil para cobrar, es condenado por la ley á pagar á sus deudores doble cantidad de la que aquellos le eran en deber. Figúrense Vds., por consiguiente, cuántos escondrijos no recorrerán los que deben algo para burlar la persecucion de sus acreedores, hasta ver el sol en el suspirado día de año nuevo! Lo cierto es que en semejante día el *brahmanismo* está en su apogeo, porque el que no bendice la ley de *Beahama* por lo que favorece la mala fé, *brama* contra la ley que protege la injusticia. Y el caso no es para menos si bien se mira; porque á trueque de no ver tan escandalosos atropellos, apuesto que hay muchos indios ricos que preferirian á su fortuna la desgracia de vivir pobres en Europa. En cambio hay muchos europeos que se barian millonarios en la India, y váyase la uno por lo otro.

Ahora bien: siendo, como es de creer, en los mencionados países infinitamente mayor el número de los pícaros que el de sus víctimas, claro es que la festividad de año nuevo ha de ser en ellos recibida con regocijo casi universal; lo que, si se atiende á la causa ó origen, demuestra la verdad de mi proposicion. Pero desgraciadamente no necesitamos ir al Asia para convencernos de que la alegría de año nuevo, hija del interés, tiene tan malas mañas como su padre.

Me acuerdo perfectamente de lo que pasa en Madrid el día de San Silvestre, en cuya noche tiene lugar la ceremonia de los años nuevos, que consiste en sortear cedulillas con nombres de *damas y galanes* y versos adecuados al objeto. Cualquiera pensará que este cuadro de nuestras antiguas costumbres es en el fondo, como en la forma, la sencilla expresion de esos afectos de amistad y de familia que buscan un inocente recreo en pasatiempos dignos de la infancia; pero no es así: este, como otros muchos cuadros, tiene su parte de caricatura y de brocha gorda, semejante á esas decoraciones de teatro que seducen desde lejos y quitan todas las ilusiones, vistas de cerca. Así juega de semejante colubra el que sabe por esperiencia los resortes que en tal noche ponen en juego las jóvenes que desean separarse de sus madres, y las madres que anhelan colocar á sus hijas, y las señoras que sin haber tenido hijos buscan primos, y los galanes que enamorados de la bolsa de una dama ó de otras prendas que sería pasado referir, van tras de un dote ó tras de otras cosas que sería prolijo enumerar.

Es magnífico ver á Doña Sinfrosina Carrasco y á su hija Matilde celebrar lo que se llama el ensayo general, en compañía de D. Agapito el cesante y D. Periquito el meritorio. Allí se discute y aprueba el programa de la funcion, que sobre pora mas ó menos se reduce á los artículos siguientes:

1.º Se acuerda que la señora Doña Sinfrosina designará á dichos D. Periquito el meritorio y D. Agapito el cesante para extraer las cédulas de los versos, y que estos señores aceptarán con la condicion de que Doña Sinfrosina y Matilde saquen las de los nombres.—Aprobado.

2.º Se conviene en que Matilde sacará y leerá los nombres de las damas, procurando no equivocarse.—Aprobado.

3.º Se decide que Doña Sinfrosina, mujer de mas esperiencia y mas práctica en los juegos de manos que su hija, sacará y leerá los nombres de los caballeros, procurando sacar de la manga, con todo el disimulo posible, las cédulas que á continuacion se expresan:—D. Agapito el cesante, correspondiendo á Doña Jacobsa, viuda de un comisionado de autorizacion que á los pocos meses de ejercer su destino lo abandonó para administrar sus haciendas.—D. Periquito el meritorio con Inesita Cerneco, hija de un antiguo subsecretario que está en candidatura para ministro.—Guardará para su hija al escribano D. Tomás Uñato, de mote Menos Pueras, que tiene fama de ser el primero de la nacion para dar fé de lo que nunca ha visto, y abricar testamentos falsos.—Y se reservará para sí á D. Liberio Rompe-Lanzas, comandante que fué de carabineros en el llamado *año de los alfox*.—Aprobado.

4.º y último. D. Agapito el cesante y D. Periquito el meritorio sacarán y leerán las cédulas de los versos, procurando cada uno extra-

(1) Véanse entre otros los siguientes:

1.º Solo Madrid en Corte, por Alonso Nafar de Haro, 1698.

2.º Ordenanzas de Madrid, por D. Teodoro Ardemans, 1733.

3.º Dificultades varias y curio natural de las aguas, etc., por José de Uta, 1737.

4.º Tridate histórico de España, etc., por D. Joaquin de Cevallos y Uta, 1738.

molear aquellas que mas convengan á los fines de los interesados en los momentos oportunos.—Aproposito.

Con esta intriga tan hábilmente preparada, llegó la noche, y todos se solazan con la idea de recoger el fruto de sus maquinaciones; pero ocurre la desgracia de que una joven de la reunion propone anticipada y caprichosamente á otras personas para la extraccion de las cédulas; la reunion vota por aclamacion, y nuestros cuatro intrigantes bramau como los acreedores de la India en año nuevo.—No queda mas que una esperanza, y es la de que tal vez pueda hacer la casualidad lo que habia ordenado la intriga. Todo puede suceder: pero aunque así sea, la mayor parte de las cédulas contienen versos insolentes que parecen espresamente trabajados para inspirar aversion y desprecio y... ¡lástima grande que la fatalidad haya dado al traste con aquellos planes tan hábilmente combinados!

Así sucede en efecto; llegada la hora en cada cual se solazaba con la esperanza de satisfacer sus deseos, empieza la operacion de los años nuevos, siendo otras y otros los que merecen la dicha de obtener aquellos cuatro nombres que alimentaban mas de cuatro ilusiones. No contenta con esto la mala estrella, hace que D. Agapito el recante salga de pareja con la abuela de Matilde; D. Periquito el meritorio con la cocinera de Doña Sinfonosa; Matilde con el aguador de la casa, y Doña Sinfonosa con el leon del Retiro, lo que produce mucha algazara en la reunion y una merecida leccion á los que quisieron convertir las fiestas de los años nuevos en juegos de loteria ó de bolsa, que son los que hoy dominan con grave perjuicio de sus dignos rivales el Monte y el Cádiz.

Afortunadamente estos ataques á la bolsa ajena, aunque encarnados en una antigua costumbre, son poco frecuentes en Madrid, y no tienen lugar mas que dos veces al año, que son el dia de los *motes* y el de los *estrechos*, esta es, la víspera de año nuevo y la víspera de los Reyes, lo que proporciona á nuestros prójimos un descanso de 564 dias en el año bisiesto, y de 565 en el año comun. En Paris, donde escribo estas líneas, las asechanzas de la estacion son mucho mas temibles por lo mismo que se disfrazan bajo las más seductoras apariencias; pues para que mis lectores juzguen hasta qué punto la urbanidad ó *politesse* francesa es sospechosa para mí, creo que un descendiente de José María, armado de trabuco y pidiéndome la bolsa ó la vida en un camino, no me haría tanto miedo como un parisien que venga á mi casa saludándome con la más refinada galanteria, y diciéndome que está muy enfadado (*bien faché*) de que á mí me duela la cabeza, ó que le es muy cómodo verme en buena salud (*il est bien aise de me voir en bonne santé*.)

La temporada de año nuevo, sobre todo, es fatal en este pais; porque en ella la *politesse* llueve á chaparron, y está era de cumplimientos, que en mi tierra solo es fastidiosa por lo que trasciende á etiqueta cortesana ó por los lugares comunes de que se venale, á qui se calamitosa para el que sabe que la palabra *bonjour* cuesta lo menos cincuenta céntimos; *merci* dos francos, y *tres obligé* dos napoleones.

Parece broma, pero es cosa muy grave lo que en tales dias sucede. Figúrese el extranjero que quiera pasar en Paris la temporada de año nuevo los peligros que tiene que correr; y si no puede figurárselos, lee este folletín para que no le cojan desprevenido. Si el desventurado vive en un *hotel*; como generalmente acontece, verá que desde por la mañana empieza á recibir memorias y felicitaciones, que son otras tantas anzuelos dirigidos al bolsillo, por este orden:

1.º *M. le concierge*, con una tarjetita en que dice que da las Papeas, aunque mas bien que las da las pide.

2.º *Madame la concierge* que imita la *politesse* de su marido.

3.º *Maitre Jean*, el cocinero, que imita la *politesse* de la concierge.

4.º *El garçon*, que imita la *politesse* del cocinero.

5.º *El barrendero*, que imita la *politesse* del garçon.

6.º *El sacristan de la parroquia*, que imita la *politesse* del barrendero.

7.º *El carbonero*, que regala dos libras de carbon con el objeto de hacer pagar una arroba por cada libra, ó lo que es lo mismo, dos arrobas.

8.º *El epiciere*, que hace el obsequio de un cuarteron de ciruelas esperando que esto la valga mas que un cajon de dadas.

9.º 10.º 11.º 12.º 13.º..... ∞ , signo con que matemáticamente se representa en el infinito.

Después de esta serie continúa otra, que es como sigue:

Infinito mas uno, $\infty + 1$, la dama del *comptoir* que remite un *petit estro d'ou de vie* (salá, una copita de aguardiente teñido).

Infinito mas dos, $\infty + 2$, el vecino ó vecina del número tanto que regaló un par de guantes viejos.

Infinito mas tres, $\infty + 3$, el dueño del hotel que convidó á comer gratis aquel día.

Infinito mas cuatro, $\infty + 4$, el ayo del cellé que en tal día

despertaba los dulces, los cigarrs y las pipas con lazos de cintas coloradas.

$\infty + 5$, $\infty - 6$, $\infty + 7$... $\infty + \infty$... $\infty \dots \infty$... etc., etc.

Por de contado que todos estos agasajos son tan desinteresados como los primeros: todos se dirigen á un fin, y son tanto mas temibles para los hombres imparciales, cuanto que tienen de comun con el sistema restrictivo de los absolutistas la circunstancia de ser contribuciones indirectas, y con el sistema económico de los socialistas, la de sustituir el impuesto progresivo al proporcional. Por consiguiente, el extranjero que se dirige á Paris en la estacion de los aguinaldos, puede decirse que toma el camino mas corto para ir á San Bernardino; y desgraciadamente esta estacion es tan larga en Francia para los extranjeros, que dura 565 dias en el año comun, y 566 en los bisiestos.

J. M. VILLEGAS.

FEDERICO II DESPUES DE LA BATALLA DE COLLIN.

Federico II es una de las figuras mas gigantescas que aparecen en la galeria que los siglos han ido formando de los grandes capitanes de todos los países: nada de cuanto á él se refiere puede leerse sin interés: nada que no lo represente pueda ser mirado con indiferencia; el cuadro cuya copia damos, es de los mejores, si no el mejor, que se han consagrado á este grande hombre; desmudo de figuras y de accesorios que distraigan al espectador, permite contemplar la venerable figura de Federico II; pero no en una situacion normal, sino en un momento solemne; después de haber sufrido una derrota, después de haber perdido una batalla; él, tan afortunado en ese juego de azar que se llamó la guerra. Dejando aparte la correccion del dibujo, la exactitud del parecido, es de admirar la expresion de esa cabeza, no abatida por el desaliento que se apodera de las almas vulgares después de un descalabro, sino preocupada por la meditacion del genio, que reconcentrándose en sí mismo, saca de un golpe de fortuna una leccion provechosa para el porvenir.

OCHENTA Y TRES ESCALONES.

CUENTO

I.

Una casa de Madrid es un mundo abreviado: cada piso es una zona, cada cuarto una nacion con sus leyes particulares, sus costumbres que en nada se parecen á las de los demás, su fisonomia peculiar, en fin, que lo caracteriza. ¿En qué se parece el grande de España ó el opulento banquero del principal, al jefe de la oficina ó modesto propietario del segundo, ni este al humilde empleado de ochenta mil abajo del tercero, ni todos ellos á la modista, al estudiante ó al menestral de la buhardilla? Como los estromos se locan, y los dos polos de la tierra son semejantes, así el bajo suele ser igual ó muy parecido al departamento mas encumbrado. El pobre sustra de puntada larga y el humilde remendon se hallan lo mismo en el portal que en el cuarto cuarto.

No debemos pues buscar las diferencias entre los puntos mas apartados. En la casa en que vamos á penetrar solo queremos ver el principal y la buhardilla. ¿No os parece que deben hallarse en ellos contraposiciones dignas de ser notadas?

II.

CUENTO PRINCIPAL.

Eran las doce de la noche, y las calles de Madrid se hallaban completamente desiertas, merced al temporal, que deshaciéndose en viento y nevada, habia obligado á todos sus habitantes sin excepcion los mas viciosos á buscar en sus casas un abrigo. ¿Cuánta religiosa cascada daba gracias al cielo pidiéndole auxilio en lo íntimo de su corazón que enviase una tempestad semejante cada noche, en tanto que unía sus maldiciones contra el mal tiempo á las de su poco casero marido?

En una suntuosa habitacion del primer piso de una de las mas elegantes y magnificas casas que la arquitectura moderna ha regalado á la coronada villa, se hallaban reunidos en derredor de una mesa sobre la que se veían los restos de una opípara cena y un asombroso número de botellas, ocho jóvenes cuyos trajes y maneras hacian conocer que pertenecian á las mas distinguidas clases de la sociedad.

— ¡Vaya si se fioda! decía uno paseándose las manos por sus largas melenas rubias. No pienso hacer en mi vida una conquista semejante.

—Esta noche estás adorablemente modesto, conde; esclamó otro ofreciéndole una copa. ¿Querrás hacernos creer que esa muchacha se le resiste aún?

—Daría un año de mi vida por poder decir lo contrario, contestó el que primero había hablado.

—Segun eso es una virtud salvaje.

—Una Lucrecia.

—Yo no creo en las Lucrecias de aguja, dijeron á la vez varios en quienes el Champagne iba haciendo su efecto.

—Y sin embargo noá hay mas cierto, amigo mio, contestó áquel á quien uno de sus compañeros había llamado conde. Desde que leen

Los misterios de Paris, cada una de ellas quiere pasar por una *Rigolette*.

—¿Y te das por vencido?

—En cuanto á eso...

—¿No?

—Fieras mas temibles he domado.

—Te aseguro, Julio, que á esta no la domarás. Cuando no la has rendido ya, es que la plaza cuenta con grandes recursos para defenderse.

—Plaza sitiada, plaza tomada: es axioma en la guerra desde la invencion de la artilleria.



(Federico II después de la batalla de Collin. Cuadro del museo de Leipzig.—Pág. 4.)

—¿Piensas bombardearla? preguntó uno que hasta entonces no había hecho mas que beber.

—Tengo dinero.

—A propósito. ¿Cuántas onzas creéis que vale la virtud?

—Lo que no existe no puede valer nada.

—Yo doy un centenar de hallazgo al que presente á esa pobre criatura hace tanto tiempo perdida.

—Cuenta con que algun anticuario no la tropiece revolviendo por céminos.

—Es verdad. Yo no dudo de la virtud de las viejas, sobre todo si son pobres.

—¿Pero y la Lucrecia de Julio?

—Apostaría doble contra sencillo á que lo derrota. La (a) Juana sigue la escuela antigua.

—¿Y si este hiciese una tarquinada con ella?

—No se atreve.

—¿Cómo que no me atrevol dijo el conde, cuyas ideas se iban enturbando por instantes.

—Tú no harás nunca nada de provecho. Eres un aprendiz de calavera, y preleendes plaza de D. Juan.

—Esta noche os he dado una cena sin motivo ninguno. Dentro de dos días os convidó á otra, y á una partida de campo para el día siguiente, con objeto de celebrar mi triunfo.

*Ilusiones engañosas
vivimos como el placer.*

Bañado uno, cuya cabeza no estaba muy segura.

—Ya te lo probaré dentro de poco, Federico.

—Del dicho al hecho...

—Iré poco trecho.

—¿Qué apuestas, Julio, á que dentro del término que has fijado no consigues nada? dijo el que ya conocemos por Federico.

—Lo que quieras.

—Mi caballo *Djir* contra tu yegua *Clary*.

—Sea.

—Pues no hablemos mas del asunto.

Algunos instantes después la bacanal llegó al último extremo, siendo imposible comprender una palabra entre la confusa algarabía que formaban todos hablando á la vez y el agudo *chischás* de vasos y botellas.

III.

BUHARDILLA.

Ochenta y tres escalones mas arriba, en una mezquina estancia, cuyo techo tocaba al suelo por un extremo, se hallaban dos jóvenes de la misma edad que los que hemos dejado emborrachándose en el piso primero, pobremente vestidos y ocupados al parecer de algun tristísimo pensamiento.

Nada recuerda aquí la opulencia del cuarto principal. Cuatro sillas viejas, un mezuquino hecho y una mesa coja cargada de libros y papeles, sobre la que arde una vela de sebo, hé aquí todo el menaje de la casa en que acabamos de introducir á nuestros lectores.

Largo rato hacia que los dos jóvenes guardaban el mas profundo silencio. Las cabezas apoyadas en las manos en actitud de meditar; nada de lo que en derredor habia les ocupaba.

—¿Te has resuelto, Félix? preguntó el uno mirando con ansiedad á su compañero.

El interrogado no oyó, ó aparentó no oír estas palabras.

—¿Qué piensas hacer? volvió á decir el otro dándole una palmada en el hombro para sacarlo de su distracción.

Félix levantó la cabeza, y fijó en su compañero sus grandes ojos negros preñados de lágrimas.

—¿Por qué no he nacido rico! exclamó con desesperación.

—¿Ricos! ¿Son los ricos mas felices que nosotros?

—¡Bella teoría, Antonio! Por desgracia no es mas que una teoría. ¿Para poder casarme con Isabel qué me falta sino dinero?

Convencido Antonio de la amarga verdad que encerraban las palabras de su amigo, no supo qué contestar.

—¡Maldito becerro de oro! Ese idolo del siglo da la felicidad en la tierra...

—Y es preciso resolver algo! murmuró Félix volviendo á entreverse á los pensamientos que antes le ocupaban. El tiempo vuela, y esto no puede quedar así.

Un golpe dado tímidamente á la puerta de la buhardilla atrajo su atención hácia aquel lado.

—¡Adelante! dijeron los dos.

Una pobre vieja modestamente vestida alzó el picaporte, y se presentó en la puerta.

—En la portera me han dejado al anochecer este billete para usted. No he podido subirlo hasta ahora.

—¿Gracias! exclamó Félix tomando la carta con ansiedad.

La portera se retiró.

—¿De quién es? preguntó Antonio.

—De ella!

—¿Qué te dice?

—Oye.

—Félix: Soy mas desgraciada de lo que crees. Mi tío se empeña en que te olvide y me case con D. Vicente. Me suena muy mala para Toledo, donde nos aguarda con sus sesenta años y sus riquezas. Tal vez con te verá mas.

—Los dos somos pobres, los dos somos infelices. Esta noche á las once, cuando todos duerman, estará á la puerta de mi casa. No sé si es otro bien ó mal; pero conozco que no puedo proceder de otra manera. ¡Maldito dinero!

—Hasta las dos ó hasta el otro mundo.

La carta que Félix acababa de leer estaba casi borrada con lágrimas de la que la escribió.

—¿Me acompañas? dijo el joven después de un momento de duda con una tranquilidad que asombró á su compañero.

—¿Vas á despedirte de ella?

—No sé á lo que voy. Yo no puedo perderla: no puedo dejar que la averigüen.

—Acude á la justicia, deposítala, y cádate con ella.

—Sí; pero para todo eso es menester dinero, dijo Félix con amarga sonrisa.

—¿Es verdad! exclamó dolorosamente Antonio ¿Qué resuelves?

—No sé. Salgamos á la calle. ¡Este aire me ahoga!

Ambos tomaron los sombreros.

—Si tuviera concluida mi carrera! exclamó Félix echando una triste ojeada á sus libros. ¿Qué felices son los que no pierdan año por falta de algunos duros para pagar la matrícula!

—¿Vamos?

—Sí; debe ser cerca de la una, y vive lejos.

—¿Has pensado lo que vas á hacer?

—Tal vez una locura. Pero que no me culpen á mí de ella, dijo con tono solemne: culpese á los que han hecho al oro dueño del mundo.

En momento después salían los dos de la casa, sin advertir que tras ellos bajaban la escalera una multitud de jóvenes elegantes, que reían á carcajada suelta.

¡Llanto y risa! ¿Qué mas da? Todo tiene su efecto dramático en el teatro del mundo, y

Per troppo variar natura è bella.

IV.

La tempestad arreciaba por momentos, y el sepulcral silencio de la villa solo era turbado por el ruido del agua, y por la voz de tal cual sonoliento y mal humorado sereno que cantaba la hora.

En el extremo de una estrecha y retirada calle, á la luz de un mortecino farol, se veían dos hombres envueltos en sus capas, que caídos de agua y sin hacer caso de los torrentes que sobre ellos caían, miraban con ansiedad hácia la puerta de una casa de no mala apariencia, que en la acera de enfrente habia.

En la otra punta de la callejuela se columbraba apenas, envuelta en la oscuridad, una hermosa Girada por poderosas yeguas normandas, parada delante de una mezquina casa cuyo portal estaba abierto aun.

El vel de Palacio dió las dos.

Los hombres de las capas se acercaron á la puerta de enfrente, que se abrió en este momento, dando paso á una mujer envuelta en una capa de pieles, y después de conversar algunos instantes con ella en voz imperceptible, se alejaron los tres de la casa.

Mientras esto sucedia en el otro extremo de la calle se representaba una escena terrible, digna de un melodrama de Bourbardy. Dos hombres salieron con una mujer en brazos de la casa cuyo portal estaba abierto aun, siguiéndoles otros tres á corta distancia.

De repente, entre el desquicio de los elementos, se oyo un alarido sordo y sofocado, como si la boca que lo lanzaba estuviese tapada.

El sereno, que sentado en un umbral dormia profundamente soñando con los pintorescos bosques de su país, despertó sobresallado y se lanzó chuzo en fístre hácia el lugar de donde el grito partia.

Entre tanto la mujer fué metida violentamente en el carruaje, á pesar de los desesperados esfuerzos que hizo para evitarlo; uno de aquellos hombres subió con ella, y el coche iba á partir, cuando el sereno parándose en medio de la calle gritó con voz de trueno:

—¡Alto ahí!

Cuatro hombres se precipitaron sobre él, y antes que pudiese lanzar un grito ni hacer un movimiento, se hallaba derribado en tierra, sujeto por ocho brazos de hierro, y con un pañuelo en la boca que le imposibilitaba de pedir socorro.

La berlina partió al galope.

Al día siguiente todos los periódicos decían que los vecinos de la calle de... habian encontrado al salir de sus casas el cadáver de un sereno que maniatado y con un pañuelo en la boca yacia en medio del arroyo. En todo su cuerpo se hallaba la menor herida ni contusión; el infeliz habia muerto de frío. Dos casas inmediatas se encontraron abiertas por la mañana. En cada una de ellas faltaba una joven. Se habia verificado un doble rapto.

¿Qué Mongibele podrá apreciar los pliegos de papel que en aquella hora comenzaron á emborronar los escribanos?

¿Escribanos dijimos? Pues cuenta que no hemos dicho nada: nosotros los juzgamos las personas mas honradas que pueden hallarse. Con perdón sea dicho del autor de *El novio pasado por agua*.

V.

PILLOS Y CALAVERAS.

Han pasado dos días. En el mismo cuarto principal donde al principio de esta historia introdujimos á nuestros lectores, se representa ahora una escena, que no deja de tener alguna semejanza con la que entonces presenciaba.

Julio había ofrecido una cena á sus amigos si salía triunfante en cierta apuesta; pero como por aquellos días debía contraer matrimonio con una de las más ricas y nobles señoritas de España, su madre había convertido la cena en un baile con que pensaba celebrar el mútuo acuerdo de las dos familias.

El condecito no tenía padre, y en cuanto á su madre... ¡era una bendita de Dios la buena señora! Quería á su hijo hasta la ceguedad, y era la primera á celebrar sus *calaveradas*.

¡Bien es verdad que las calaveradas de Julio eran tan graciosas! Los salones de la condesa estaban completamente llenos, y en todas partes no se hablaba de otra cosa que de una nueva gracia del condecito.

—Me ha derrotado, decía Federico á una multitud de jóvenes que le rodeaban. ¡Es lo más atrevido eso, chico!

—La aventura es original si la hay!

—¡Já, já!

—¡Maniatar al sereno!

—Ha sido una donjuanada.

—Pero de muy buen género.

—¿Y la muchacha? preguntaron muchos á la vez.

—¿Es guapa?

—Es deliciosa.

—Y me han dicho que iba á casarse con un zapatero.

—¡Já, já!

—Pues por evitarle hacer semejante disparate la robé, dijo Julio con gravedad acercándose á sus amigos, por pura filantropía.

Todos celebraron el chiste del conde, que corriendo de boca en boca, á los cinco minutos había llegado á oídos de todo el mundo, sin exceptuar á su madre y á su futura, que no pudieron menos de reírse á carcajada tendida.

—Vas á ser muy feliz con él, dijo la condesa. Es el muchacho de más talento y más gracia que hay en la corte.

—Así lo creo, contestó la niña bajando los ojos ruborizada.

La futura del conde llevaba por supuesto un vestido blanco como la nieve. ¡Qué buenas cosas dice Alphonse Karr sobre los vestidos blancos y el rubor de las doncellas!

—¿Y qué has hecho de ella? preguntó Federico al conde.

—¿Sá yo nunca lo que hago de las queridas que dejan de gustarme? contestó con desenfado. Pregúntalo á mi ayuda de cámara, que puede que él te dé razón.

—¡Já, já, já!

(Continuará.)
DIEGO LUQUE.

PASAGE DE LA «FANTASMAGORIA»

EPISODIO DE

EL VERDE GABAN Ó EL REY EN BERLINA.

POEMA JOCO-SERIO CON ESTE EPÍGRAFE.

INÉDITO.

«E così avvien, che una servil gent,
Col propi vizi, e con fallerui sciochers
Si agumbrì ognor del dominar la via»
VITTORIO ALFIERI.

Pero ¿qué enjendro es este informe y loco
de bestia y hombre mezclanza fiero?
fecundo Goya, confusión del Bosco,
préstame, si he de imaginar siquiera
la estampa á tan ridículo bamboche,
tu gorro de dormir por una noche.

Érase un aborton, griego diftongo
trabado de animal y hominicoaco,
raso el torbo cacúmen como un hongo,
salvo un círculo á modo de zodiaco;
y en un medroso y áspero capuz
talada la moronda hasta el testuz.

Tiene por vientre un flatulento zaque,
la piel hispida, escudada y cerdosa,
y la color zurrada de zumaque;
de sáiro los piés (y aun otra cosa)
dos hendidas pezuñas por zapatos,
por dedos retorcidos garabatos.

Diré al lector cuál era este animal,
porque no se devane allá el cerebro,
revolviendo la historia natural
de nuestro Animalista Valdecebró,
de Plinio, de Alóvandro, ni Buffon:
era un solicitante en confesión.

A sus inmundos piés yace de hinojos
una devota joven penitente,
fijos en tierra con rubor los ojos,
confesando de amor la llama ardiente
en que más su alho pecho se encendía,
cuanto más con cilicios se oprimía.

Toda de gracia y de inocencia llena,
su mirar de divina compostura,
blanca como la cándida azucena,
respirando de rosa el aura pura,
son sus cabellos de oro hebras útiles,
y su edad no cumplidos quince abríles.

Como á boca de lóbrega caverna
está de acecha hambriento lobo fijo,
esperando á cebar la rabia interna
con que el hambre le roe el entresijo;
y se relame ya y aguja el diente,
al ver al ojo la ovejeleta enfrente:

No de otra suerte el monstruo á la rejilla,
ojo á la presa, y añalando de uña,
estaba si la pilla ó no la pilla.
Ya se enfiesta, ya arrastra la pezuña,
de erótico furor el alma llena,
y... á este tiempo Zaullon mudó la escena.

Y hé aquí el confesonario (¡raro encanto!)
hecho un altar, y en este altar un nicho,
y en este nicho colocado un Santo;
y este Santo del nicho érase el bicho
que ya en vez de la bella pecadora,
tiene á sus piés un pueño que le adora!!!

BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

AL SEÑOR DOCTOR D. FRANCISCO ESTEBAN DE INGUNZA.

El destino es invariable.

Parte: yo no te doy mi despedida.
La tierra es un inmenso laberinto
Cuyo centro es la tumba; cada vida
Por diferente senda su recinto
Cruza, mas todas en la tumba acaban,
Y en su lóbrego umbral depositamos
El fardo del dolor con que nos gravan
Los designios de Dios, y descansamos.

No te aflijas, doctor: parte, y no flores
Si al otro lado de la mar no encuentras
A tu buen padre ya; no flores si entras
En su hogar solitario, si las flores
Del jardín que él cuidó marchitas hallas,
Y desquiciada la mohosa puerta,
Y ruinosos sus muros y sus vallas
Y la paterna cámara desierta.

Partió ante tí: la senda de la vida
Recorrió hasta su fin, y entró su alma,
De esta cárcel de penas desprendida,
En las regiones de la eterna calma.
Tú por la vida que te dió quisiste
La flor de tus trabajos ofrecerle,
Y la mitad del mundo recorriste
Pensando en su vejez entretenerle
Con el cuento gentil de lo que viste;

Mas ; oh inútil afán ! ya no has de verle
Sobre la tierra mas , y sus miradas
No podrán recorriendo tus escritos
El insomnio apreciar de tus veladas,
Ni de tus aventuras ya pasadas
Recompensar los riesgos inauditos.

Mas no te desesperes ; no le llores ;
En mas feliz y luminosa esfera,
Libre ya de amarguras nos espera,
Y en los jardines del eden benditos
Duerme en un fresco pabellon de flores.

Parte , caro doctor : no me despido ;
Pronto , pájaro errante , alzando el vuelo,
Dejando á Europa y el paterno nido ,
Me lanzaré en los aires , y en el suelo
I e América pasando , en tus hogares
Ensayaré el poder de mis cantares.

Parte , doctor , y cumple tu destino :
Fuerza es que llene cada cual el suyo ;
Si no nos lanza por igual camino ,
Llevas mi corazon ; guárdame el tuyo.

José ZORRILLA.



(La plegaria.)

LA PLEGARIA.

¿Por quién dirige sus preces al cielo esa bella aldeana, tan absorbida en su oración, que parece la figura de un ángel fijando sus miradas en la región de los elegidos? ¿Ruega por el descanso de su madre? ¿pide á Dios amparo para su hermano? ¿O implora la protección del cielo para que permita llegar sin contratiempo el bien amado de su corazón, á quien espera á través de los mares, tras largos años de ausencia, para

presentarle el ramo de flores que la dió al estrecharla en sus brazos y darle en la frente el beso de despedida? Nadie sabe el misterio que se encierra en la plegaria de la pobre niña ; pero todo el mundo descubre la pureza de su rostro y la fé que revelan sus ojos, penetrando á través del espacio en otra mansión mas dichosa.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del Seminario é Instrucción, á cargo de D. G. Alhambra.